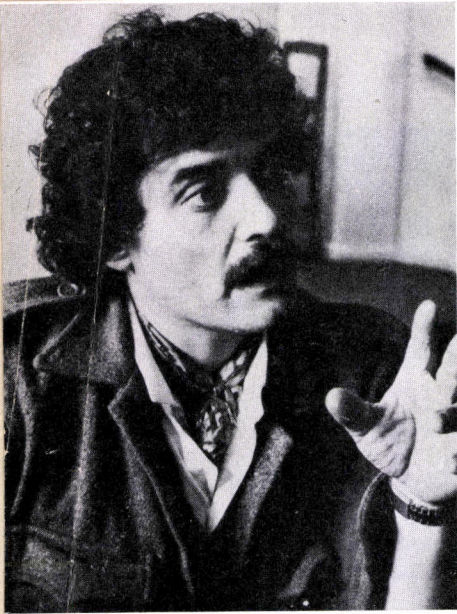
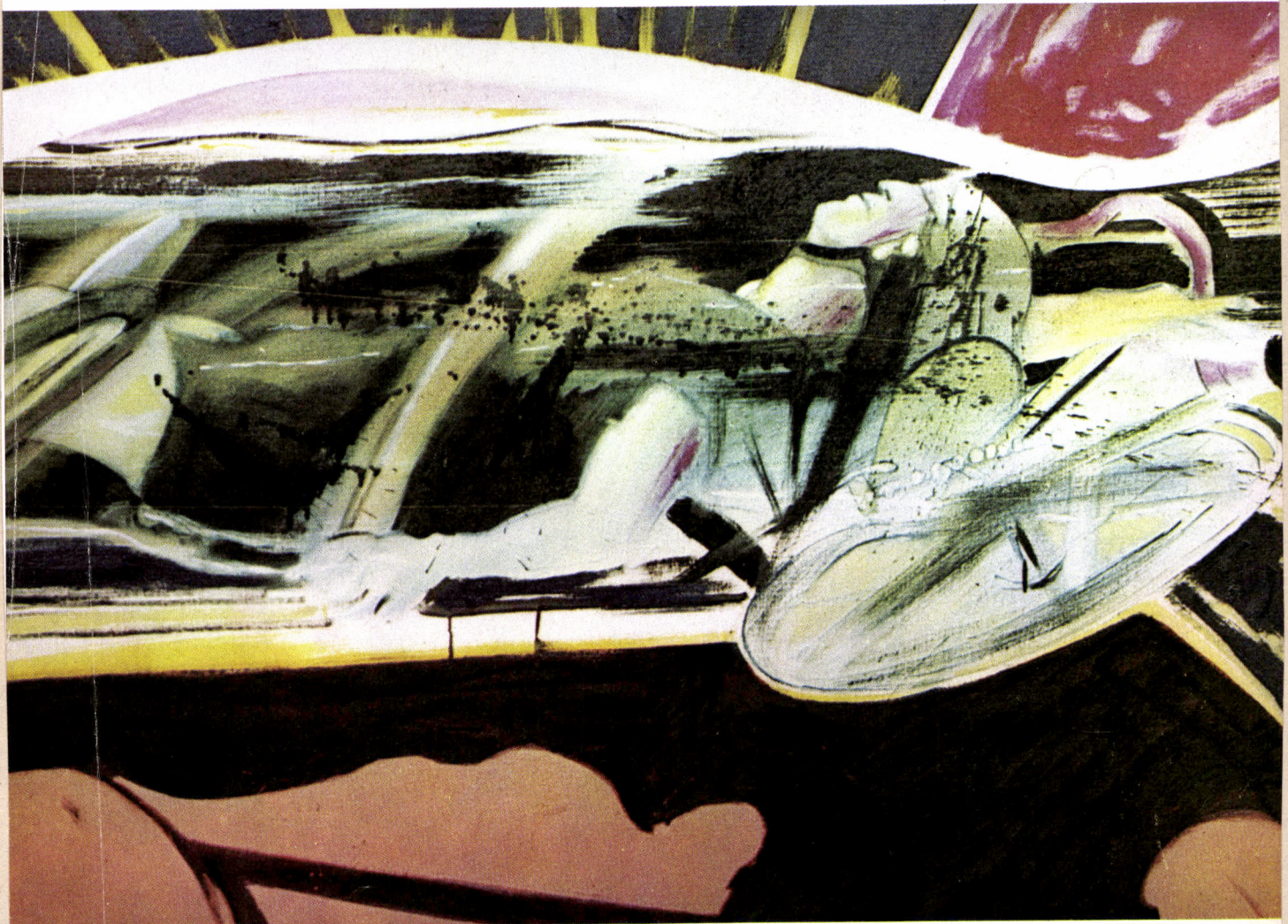


REV. HOY
12 / NOVIEMBRE / 1980



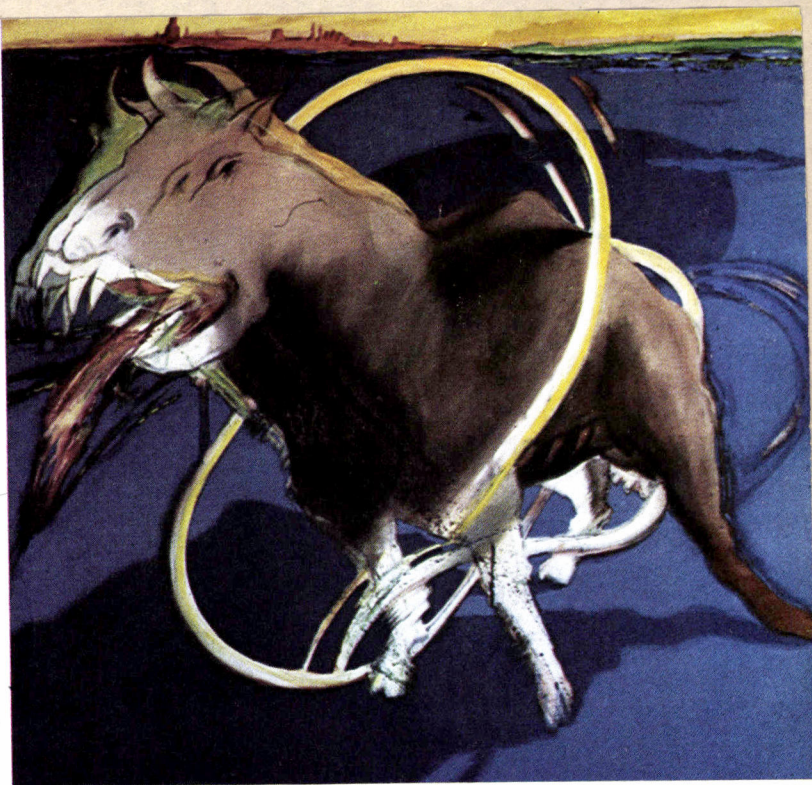
Las Bestias interiores de Gonzalo Díaz



Fragmento de *Los hijos de la dicha*, o sea "chilean landscape": buscando acercarse al alma nacional, el miedo de Díaz se compone de violencia, destrucción y el sentimiento de una culpa compartida



Los hijos de la dicha: otra fase en su serie de obras con título homónimo, esta vez la imagen inquietante de un ciclista accidentado. Los colores se van violentando paulatinamente.



El cancerbero, la bestia que en parte es perro y en parte toro: una imagen mitológica, moral y mental al mismo tiempo

Para Gonzalo Díaz, la pintura es una vocación que debe seguirse con imágenes, no con "literatura". Su trabajo no es contar historias, sino sintetizar el sentido de lo que siente y ve.

Díaz tiene ahora 33 años. Incluidos sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, lleva ya quince años dedicado a la pintura. Y desde que comenzó, su trayectoria se ha ido modificando sutilmente: desde los cuadros "metafísicos", planeados a partir de una idea, hasta las composiciones vibrantes y viscerales de los últimos dos años.

Su rasgo permanente es que ha estado buscando la manera de retratar los terrores y las violencias ocultas. Primero, del "Hombre", abstracto, intemporal y ajeno a circunstancias locales; luego, del hombre nacional, ahora y aquí.

Entre sus series más reveladoras está la de *El paraíso perdido*, que fue completando hacia 1979. En ella, bestias de formas ambiguas, evocadoras de toros, perros, aves de rapiña y mandriles constituyen el eje temático. Los pinta sobre fondos violentos y paisajes de perspectivas agudas, como si se tratara de zonas mentales o emocionales. Y su posición es casi siempre oblicua; desde allí amenazan con garras y colmillos, como los animales que esperan la cavilación de su presa para lanzarse sobre ella. Estos bichos son interiores, y es posible que estén situados muy precisamente en Chile.

Después de eso, Díaz siguió acercándose al alma nacional. Así llegó a la serie *Los hijos de la dicha*, uno de cuyos trípticos ganó el Concurso de la Colocadora Nacional de Valores. Se mueven estas obras entre dos extremos: la vanidad y el artificio de la superficie, y el miedo y la violencia del subsuelo ●

Babel, donde el cancerbero, con su energía vibrante e incontenible, se apresta a enfrentar en el ruedo a una vaga silueta humana.

